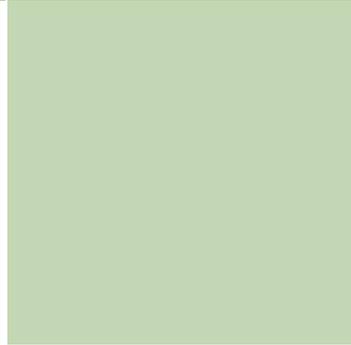




NAC-USA
DEVELOPMENT
INSTITUTE



Orar más eficazmente 1

PR-01

Orar más eficazmente 1: Historia de la oración

En este curso, aprenderás sobre:

Los orígenes de la oración desde la perspectiva del Antiguo Testamento.

Cómo oró Jesús y Sus enseñanzas sobre cómo orar.

Las oraciones de las primeras congregaciones cristianas y de los cristianos de la actualidad.

Objetivos de aprendizaje

Capítulo 1: Oración, al principio

El capítulo 1 explica el origen de la oración y cómo se define desde la perspectiva del Antiguo Testamento. La oración toma una forma diferente a través de la aparición de Jesús. Se enseña un nuevo concepto de oración y una relación con Dios a través de Cristo.

Capítulo 2: Jesús y la oración

Cada estudiante recibirá una mejor comprensión de lo que el Señor Jesús dijo directamente sobre la oración. Este capítulo revela cómo Jesús enseñó sobre la oración en parábolas, cuando Jesús oró y el contenido de Sus oraciones.

Capítulo 3: Oración de los primeros cristianos y en la actualidad

El capítulo 3 proporciona una idea de las oraciones sinceras de las primeras congregaciones y de la actualidad. Uno aprenderá que una oración consciente abre el corazón de una persona al conocimiento de Dios y tiene un efecto profundo en su vida.

Capítulo 1: ¿Qué es la oración?

La oración como expresión de piedad es conocida en todas las religiones. Hay muchas formas de orar, o formas de oración: hay oraciones en silencio; hay meditación, donde la persona se vuelve introspectiva y busca la restauración espiritual. Hay tipos de adoración u oraciones que se hacen en comunidad y de manera muy demostrable y vociferante en donde se invoca a deidades honradas. Y también se encuentra ampliamente la adoración de elementos naturales e ídolos y la búsqueda de su ayuda y guía.

En las iglesias cristianas también difieren ampliamente la manera y el estilo, e incluso el significado, de la oración. Una oración o súplica que emana del corazón y el alma es «ortodoxa» en cualquier creencia, y seguramente genera una sonrisa y aceptación por parte del Dios todopoderoso. La oración podría verse como la respiración del alma, en donde cada aliento es una adoración espiritualizada a Dios.

En Occidente, durante las últimas décadas, la influencia de las religiones orientales —el budismo, por ejemplo— ha jugado un papel considerable en la forma en que el cristiano percibe la oración y la forma en que ora. Sin embargo, esto ha provocado que el propósito de la oración, el contenido de la oración y el volverse del hombre a Dios, se hayan diluido; la adoración de Dios se ha reducido a nada más que un ejercicio mental, contemplativo, de absorción en los propios pensamientos y emociones.

En nuestro tratamiento posterior del tema «oración» no consideraremos nuestro propio empleo de este medio de comunicación con Dios, o los momentos de reflexión del hombre en los que podría mirar en su propio corazón, sino que queremos darle una mirada pragmática a la oración a la luz de la doctrina predicada por Jesús.

A través de la oración, el hombre tiene la posibilidad — dada por Dios — de mirar hacia arriba y dirigirse a Él con fealdad y humildad; es conversar con Dios, estar convencido de Su omnipotencia y de que nos escucha. Dios responde a estas intercesiones de diversas formas. La oración es, quizás, un signo del reconocimiento del adorador de la infinita grandeza de Dios y Su amor. En la oración damos gloria, alabanza y honra a Dios, y expresamos nuestro agradecimiento por Su bondad y ayuda; la oración es también nuestro medio de presentar ante Dios nuestras súplicas y peticiones personales. También podemos interceder por otros en nuestras oraciones.

La oración en el Antiguo Testamento

Si nos hemos preguntado en qué lugar de la Biblia se menciona la oración por primera vez, encontramos la respuesta en Génesis 4:26. Dice que, en el momento del nacimiento de Set, el tercer hijo de Adán y Eva, «... los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová». En otra traducción, habla de personas que «usan» el nombre del Señor en la adoración. Pero «invocar» se acerca más cerca a la documentación original y abarca más que la oración: también representa la adoración de Dios.

A partir del versículo bíblico citado anteriormente, el propósito fundamental de toda oración queda claro: el hombre se dirige a Dios y lo invoca para que lo escuche. El siguiente ejemplo de invocar a Dios se encuentra en Génesis 12:8. Aquí se trata sobre la invocación de Abraham al Señor.

En la Biblia también hay un informe de una oración muy particular de Abraham en el momento en que Dios decidió destruir la ciudad de Sodoma. Abraham le habló a Dios a través de un médium, una persona, que le habló y le respondió. Aquí queda claro, quizás, que toda comunicación con Dios es una oración a través de la cual podemos aparecer ante Su rostro, donde Dios nos ve, nos oye y nos responde. Entonces, una oración no es simplemente un discurso unilateral o un monólogo. Una oración es *diálogo* con Dios cuando Él da respuestas a las preguntas. Sin embargo, estas respuestas no llevan a una respuesta oral inmediata de Dios, como Abraham las vivió, sino que se reciben en la dirección de Dios, en la paz que sentimos en nuestra alma, y en el consuelo y la seguridad. Sin embargo, también debemos ser receptivos a estas respuestas.

Otro hecho que marca esta oración de Abraham es que es la primera intercesión que conocemos. Abraham le suplicó a Dios para que salvara la ciudad. Después de Abraham, hubo otros patriarcas y hombres de Dios que intercedieron en nombre del pueblo de Dios. Moisés es uno de esos. Después de que los israelitas cruzaron el Mar Rojo y se dirigieron al desierto de Shur, comenzaron a quejarse cuando después del tercer día no encontraron agua. Luego llegaron a un lugar llamado Mara, pero el agua allí era amarga. Mientras el pueblo se quejaba, Moisés oró: *«Entonces el pueblo murmuró contra Moisés, y dijo: ¿Qué hemos de beber? Y Moisés clamó a Jehová, y Jehová le mostró un árbol; y lo echó en las aguas, y las aguas se endulzaron»* (Éxodo 15: 24-25).

Más tarde, llegó un momento en que Dios, como resultado de la idolatría del pueblo, amenazó con apartarlos: *«Dijo más Jehová a Moisés: Yo he visto a este pueblo, que por cierto es pueblo de dura cerviz. Ahora, pues, déjame que se encienda mi ira en ellos, y los consuma; y de ti yo haré una nación grande»*. Aunque Dios había prometido que no permitiría que el mismo Moisés sufriera ningún daño, Moisés no estaba satisfecho; intercedió por el pueblo y el Señor se arrepintió (Éxodo 32: 9-14).

Lo que nos ha llegado a lo largo de los siglos son las *oraciones* magnánimas de *agradecimiento* y *alabanza*. Moisés y el pueblo de Israel cantaron cánticos de alabanza (Éxodo 15:1–19), y Ana también glorificó al Señor en su oración (1 Samuel 2:1–10); María, mientras esperaba el nacimiento del niño Jesús, alabó al Señor de una manera efusiva similar (Lucas 1:46–55).

De la oración, Santiago dijo: «*La oración eficaz del justo puede mucho. Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses. Y otra vez oró, y el cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto*» (Santiago 5:16-18).

Además de las oraciones de personajes prominentes de la Biblia, como Esdras o Ezequías, los Salmos son también una colección de oraciones de la época del Antiguo Testamento, algunas de las cuales también formaban parte de un repertorio de *cánticos sagrados* que expresaban alabanza y agradecimiento. Pero también fueron expresiones de lamento y de súplicas que surgieron de las profundidades de la desesperación y la pobreza. Hay salmos con descripciones imaginativas de las grandes dádivas y milagros de Dios, y también hay aquellos que profetizan la vida del Mesías venidero. Y así, los 150 salmos reflejan la riqueza espiritual de estas oraciones del Antiguo Testamento. También entre los profetas se encuentran ejemplos sobresalientes de oración ferviente: las lamentaciones de Jeremías o las oraciones de Daniel, por ejemplo (Jeremías 12:1–4; 17: 14–18; Daniel 2:20–23; 6; 12).

Las oraciones de los hijos de Israel también eran bastante distintas de la oración «común» de las otras personas en y alrededor del antiguo Israel. Este llamado a la deidad era ritualista, vistoso y artificial. Los israelitas, por el contrario, aunque también tenían sus oraciones ceremoniales compuestas de acuerdo con la estricta forma prescrita, aparentemente oraban en privado y espontáneamente, de modo que estas oraciones adquirirían un carácter muy personal.

Aparición de Jesús: una nueva oración

Con la aparición del Hijo de Dios, la relación del pueblo de Dios cambió fundamentalmente y, a través de él, la oración se convirtió también en algo muy diferente. Donde los israelitas hasta ahora alababan a Dios como el Creador del cielo y la tierra, Jesús le dio una nueva dimensión personal a la oración: la oración del niño que habla con Dios, el Padre, en el cielo.

La oración de Jesús era inusual; era diferente a las oraciones con las que sus discípulos estaban familiarizados; después de todo, eran judíos creyentes y practicantes. En cuanto a las oraciones, en el evangelio de Lucas se registra lo siguiente: «*Aconteció que estaba Jesús orando en un lugar, y cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos*» (Lucas 11: 1). Como judíos fieles y creyentes, los discípulos sí sabían orar, pero eran oraciones forzadas y tenían que aprender del Maestro. Jesús les enseñó a Sus discípulos a orar, y la oración que pronunció para enseñarles se conoce como el Padre Nuestro.

En una ciudad de Samaria por la que pasaba Jesús, se sentó junto a un pozo para descansar, y finalmente le pidió a una mujer que vino a sacar agua, que le diera agua para beber también. Comenzaron a conversar y Jesús le habló de la salvación. Ella le habló del monte en la que sus antepasados solían adorar a Dios, y también sabía que los judíos sostenían que la adoración debía realizarse en Jerusalén.

Jesús respondió que llegaría un momento en que no habría adoración en el monte ni en Jerusalén. También dijo que la salvación viene de los judíos. Jesús le dijo: «*Mas la hora viene, y*

ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren» (Juan 4: 23-24).

Jesús estaba dejando en claro que pronto dejaría de ser importante el lugar donde uno adorara a Dios. Lo importante sería adorar a Dios en espíritu porque Dios es espíritu. El que lleva el Espíritu de verdad puede adorar a Dios en verdad. Antes de despedirse de Sus discípulos, Jesucristo les habló acerca de este Espíritu: «Y Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros» (Juan 14: 16-17).

El apóstol Pablo también arroja algo de luz sobre la actividad del Espíritu Santo y nuestra vida de oración. En Romanos 8:26-27, escribe: «Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos». Esto muestra que incluso cuando no podemos hablar, el Espíritu habla con Dios por nosotros.

Ejercicio

Oración, al principio

1. ¿Verdadero o falso? La oración permite al adorador reconocer la infinita grandeza de Dios y Su amor. En oración glorificamos, alabamos y honramos a Dios, y expresamos nuestro agradecimiento por Su bondad y ayuda; la oración también nos permite llevar ante Dios nuestras súplicas y peticiones personales. También podemos interceder por otros en nuestras oraciones.
2. ¿En qué lugar de la Biblia se registra por primera vez que el hombre se dirige a Dios y lo invoca para que lo escuche?
 - a. Apocalipsis
 - b. Lucas
 - c. Génesis
 - d. Éxodo
3. ¿Verdadero o falso? Una oración es un diálogo con Dios en donde Él da respuestas a preguntas.
4. ¿Qué cambió con respecto a la oración cuando Jesús apareció en la tierra?
 - a. Nada, Jesús continuó orando como los discípulos.
 - b. Una nueva dimensión personal de la oración.
 - c. Dios debía ser alabado como el Creador del cielo y la tierra.
 - d. Se introdujo la adoración.

5. ¿Cuáles de los siguientes fueron figuras prominentes de la oración?
- Ezequías
 - Daniel
 - Esdras
 - Elías

Capítulo 2: Jesús y la oración

¿Qué dijo Jesús sobre la oración?

En el relato del Sermón del Monte, el Señor da algunos consejos claros y prácticos sobre la oración. Estos los encontramos en Mateo 6:5-8.

Lo siguiente está registrado en los versículos 5 y 6: *«Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público»*. El Hijo de Dios con la expresión anterior no estaba condenando la oración comunitaria, sino que despreciaba la hipocresía y quería enfatizar que la oración era algo serio y que debía hacerse con toda modestia y sinceridad.

En los siguientes dos versículos, el Señor critica el balbuceo irreflexivo y la verbosidad: *«Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis»*.

Nuestra relación con Dios es, por tanto, como la de un niño que le pide a su padre algo de comer. El padre conoce las circunstancias del niño y sabe que su hijo tiene hambre, pero le gusta escuchar cuando su hijo le pide y luego volver a escucharle cuando le da gracias. En los versículos 9-13 sigue la oración que Jesús enseñó, que se conoce como el Padre Nuestro.

El Padre Nuestro es un legado valioso que Jesús dio a quienes creen en Él. Con ello, el Hijo de Dios dio un ejemplo de cómo debemos orar al Padre que está en el cielo.

Esta oración del Hijo de Dios se ha traspasado a una versión que contiene cinco súplicas, y en una versión más detallada, una que contiene siete súplicas (Lucas 11:2-4; Mateo 6:9-13).

Las siete súplicas se desglosan de la siguiente manera:

A la invocación de Dios le siguen tres súplicas que se refieren a Él:

- Tu* nombre,
- Tu* voluntad,
- Tu* reino

A esto le siguen cuatro súplicas que, al mismo tiempo, también pueden ser intercesiones:

1. *Nuestro* pan de cada día,
2. *Nuestras* deudas,
3. No *nos* metas,
4. *Libranos*.

La oración concluye alabando la majestad de Dios. Analicemos el Padre Nuestro en más detalle.

«Padre Nuestro que estas en los cielos»

La forma de dirigirse usando «Padre Nuestro», identifica a esta oración como una oración comunitaria en la que los que oran profesan ser hijos de Dios. En esta comunión, Jesucristo es el «primogénito entre muchos hermanos» (Romanos 8:29 y siguientes). Cada vez que oraba, se dirigía a Dios como Padre (p. ej. Lucas 22:42; 23:46; Juan 11:41; 17:1).

La relación entre Jesús y Su Padre Celestial es única. Dado que Cristo enseñó a los seres humanos a orar a Dios como el «Padre nuestro que estás en los cielos», los incorporó a Su relación con el Padre.

Cuando un cristiano se dirige a Dios como su «Padre», esto alude a los aspectos de que Dios ha creado a los seres humanos, que Él es su Señor y que Él provee para ellos. Dios es la fuente y el sustentador de lo que ha creado. Podemos dirigirnos a Él sin temor, con amor y con confianza como «*Abba, Padre*» (Romanos 8:15).

Las palabras «en los cielos» enfatizan que Dios es exaltado sobre toda existencia terrenal. Él, Dios, el Padre, es más grande y más elevado que todo y, sin embargo, en Su omnipresencia, está cerca de nosotros los seres humanos (Salmo 139; Hechos 17:27).

«Santificado sea tu nombre»

El Dios trino es santo. Los creyentes hablan de Él con profunda reverencia. Al dar todo el honor a Dios, alabarlo y exaltarlo, y esforzarse por comportarse de acuerdo con Su voluntad, contribuyen a la santificación de Su nombre. El Padre Nuestro nos recuerda el Segundo Mandamiento (ver 5.2), y nos permite, juntos, santificar el nombre de Dios con las palabras, e inclinarnos en el temor de Dios y en la humildad ante la grandeza del Eterno.

En el nuevo pacto, Dios revela Su nombre en Su Hijo, Jesucristo. Este nombre debe mantenerse santo. Es el nombre «en que podemos ser salvos» (Hechos 4:10, 12; también Filipenses 2:9-11).

Nota: Consulta el final de este documento para encontrar unos Pensamientos Guías sobre «Santificado sea tu nombre».

«Venga tu reino»

El reino de Dios ya ha amanecido en Cristo y está presente en Su Iglesia. «Venga tu reino» significa que el Señor será cada vez más perceptible en la congregación.

Más allá de eso, estas palabras aluden a la revelación del futuro reino de Dios. Esto comenzará con las bodas del Cordero (Apocalipsis 19:6-7). Con respecto a esto, la súplica de que venga el reino de Dios se refiere, ante todo, al retorno de Cristo para llevarse a casa a Su novia. Sin embargo, la súplica llega aún más lejos en el futuro: después de las bodas del Cordero en el cielo, el Hijo de Dios establecerá Su reino de paz en la tierra, en el que se predicará el evangelio a todos los seres humanos. El reino de Dios aparecerá en perfecta gloria y perdurará para siempre una vez que Dios haya creado un cielo nuevo y una tierra nueva después del Juicio Final.

Nota: Consulta el final de este documento para encontrar unos Pensamientos Guías sobre «Venga tu reino».

«Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra»

Dios es omnipotente. Su voluntad está por encima de todo. En el cielo, el dominio donde Dios gobierna, Su voluntad reina por encima de todo. Dios desea liberar a la humanidad caída de las consecuencias del pecado y concederles la salvación (1 Timoteo 2:4). Para hacer esto posible, envió a Su Hijo. Jesucristo vino y se sacrificó a Sí mismo, donde se reveló la voluntad del Padre (Hebreos 10:9-10).

El deseo de que Dios también pueda gobernar todo en la tierra de acuerdo con Su voluntad se expresa en la súplica: «Hágase tu voluntad». Debido a su pecaminosidad y al poder de Satanás – que, aunque quebrantado, aún está activo – los seres humanos no pueden vivir a la altura de este estándar. Sin embargo, esta súplica de los creyentes implica también el deseo de que, ya hoy en su vida terrena, logren actuar de acuerdo con la voluntad de Dios.

Esta súplica del Padre Nuestro expresa además que Dios pronto podrá completar Su obra de redención.

«El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy»

En el sentido más amplio, esta súplica se dirige a la preservación de la creación. Estas palabras también expresan la petición de que el Señor proporcione alimento, ropa, alojamiento y todo lo que los seres humanos necesitan para nuestra vida terrenal.

El significado figurado de la súplica es la palabra de Dios como «alimento» para nuestras almas inmortales (Jeremías 15:16).

Otro significado de la súplica se refiere al pan de vida, es decir, la Santa Cena, de acuerdo con las palabras de Jesús: «Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que Yo daré es mi carne, la cual Yo daré por la vida del mundo» (Juan 6: 48-51). Dios se asegura de que este pan siempre se prepare de nuevo para nosotros.

Nota: Consulta el final de este documento para encontrar unos Pensamientos Guías sobre «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy».

«Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores»

Todos los seres humanos se acusan a sí mismos por culpa por sus pecados. Con la súplica: «Y perdónanos nuestras deudas», los fieles confiesan que son pecadores ante Dios y le piden gracia. Aquí queda claro que el Padre Nuestro también incorpora el aspecto del arrepentimiento. Los creyentes reciben la gracia del perdón de los pecados, y toda su culpa es borrada, sobre la base del sacrificio de Cristo, porque *«en quien tenemos redención por Su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de Su gracia...»* (Efesios 1:7).

El Hijo de Dios vinculó el cumplimiento de esta súplica a la condición de que primero perdonemos a quienes nos han ofendido o que están en deuda con nosotros. La importancia que Jesús le dio a esta condición para obtener el perdón también es clara por el hecho de que la repitió y la afirmó después del Padre Nuestro (Mateo 6:14-15). La parábola del siervo malvado también muestra claramente la obligación de perdonar a los que nos deben (Mateo 18:21-35). Con el camino hacia la liberación de la deuda y el pecado que se muestra aquí, Jesús anula cualquier concepto humano de justicia y equidad, y conduce a la soberanía de la actividad de gracia de Dios.

«Y no nos metas en tentación ...»

Con la súplica *«no nos meta en tentación»*, los creyentes le ruegan a Dios que los ayude a resistir el pecado con todas sus fuerzas. Además, piden que las pruebas de la fe no sean demasiado severas y que puedan ser protegidos de muchas de las tentaciones de Satanás. Sin embargo, Dios permitirá las tentaciones en forma de pruebas para darles a los creyentes la oportunidad de probarse a sí mismos. Un ejemplo de esto es la difícil prueba que Abraham experimentó cuando se le dijo que ofreciera en sacrificio a su hijo (Génesis 22:1-18).

Dios vela para que nuestra fidelidad a Él no se rompa: *«fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar»* (1 Corintios 10:13).

El apóstol Santiago escribió lo siguiente acerca de la tentación de pecar: *«Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni Él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte»* (Santiago 1:13-15). Esto refuerza la certeza de que nuestro Padre celestial, quien a través del Espíritu Santo nos mueve a toda buena obra y nos da la fuerza para superar nuestras imperfecciones a través del cuerpo y la sangre de Jesús, nunca nos tienta a pecar, sino que nos prueba para demostrar nuestra fe.

«mas líbranos del mal»

La súplica *«mas líbranos del mal»* expresa el deseo de que Dios pueda libranos de las tribulaciones que conducen al pecado. Además, el mal del que le pedimos a Dios que nos libere consiste en todo lo que emana de Satanás. En última instancia, esta es una súplica de liberación final del maligno mismo.

Mediante Su sacrificio, Cristo hizo posible la redención. En el Hijo de Dios tenemos «*redención [...] el perdón de pecados*» (Colosenses 1: 14). La redención es un proceso continuo, que en última instancia conduce a la completa libertad de todos los reclamos de Satanás. Solo entonces se completará la redención.

El erudito del Nuevo Testamento Dale Bruner señala que Jesús, en el griego original, usa unas palabras casi violentas que fueron traducidas como «*libranos del mal*». Sin embargo, este término en su uso original significaría «*quítanos, o arrebatanos, del mal*» *arrebatar*; es lo que hace una mano cuando agarra un objeto en peligro considerable. La idea aquí es que el diablo constantemente nos está atrayendo a pozos, trampas de destrucción moral, y ser salvados de ellos está más allá de la mera fuerza de voluntad humana. Solo Dios vigilando, arrebatando y salvando puede rescatarnos.

«Porque tuyo es el reino y el poder y la gloria por todos los siglos»

Estas súplicas son seguidas por una expresión de alabanza a Dios (doxología), en la que se le otorga la honra que se le debe a Él. Él, el Señor de Su reino, ayuda a los creyentes con Su poder, para que puedan compartir Su gloria por toda la eternidad. Esto se cumplirá para la congregación nupcial al regreso de Cristo: «*Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria*» (Colosenses 3: 4). Estas expresiones son verdaderamente profesiones de resignación.

«Amén»

La palabra «Amén», que proviene del hebreo, se traduce como: «¡Así sea!» concluye el Padre Nuestro y una vez más refuerza cada súplica y declaración que se le ha presentado a Dios en esta oración.

Jesús enseña la oración en parábolas

El Señor Jesús dio algunos ejemplos imitables de cómo se debe realizar una oración. En la parábola del amigo en necesidad, y con las siguientes sugerencias, Jesús insta a Sus discípulos a orar con sinceridad y les aclara que el Padre celestial en todo momento escuchará y responderá de la manera que Él vea conveniente (Lucas 11:5-13).

La segunda parábola es la de la viuda que se niega a ser denegada por el juez y lo presiona hasta que cede: un ejemplo de paciencia e implacabilidad en la oración, y sobre todo en lo que se refiere a la redención cuando regrese Cristo: «*Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?*» (Lucas 18:1-8).

En otra alegoría que usa a un fariseo arrogante y un publicano sincero, Jesús muestra que condenar a alguien o ser arrogante no es aceptable, y ciertamente no en la oración. Para que Dios escuche la oración, es necesario acercarse a Dios con humildad: «*Dios, sé propicio a mí, pecador*» (Lucas 18:10-14).

¿Cuándo oró Jesús?

Antes de echar un vistazo a los ejemplos específicos y los consejos del Señor sobre la oración, contemplemos lo que sabemos acerca de la oración del Señor mismo. No hace falta decir que ahí hay mucho por aprender y aplicar en nuestras propias oraciones. También en lo que respecta a la oración, Jesús es nuestro mayor ejemplo.

De lo que está registrado en el evangelio de Lucas se desprende que el Señor Jesús oró en todos los momentos decisivos de su vida. Él oró:

- Antes de que el Espíritu Santo descendiera sobre Él (Lucas 3:21-22)
- Antes de que eligiera a los doce apóstoles (Lucas 6:12)
- Antes de designar a Pedro como la roca sobre la cual edificaría Su iglesia (Lucas 9:18-21; en relación con Mateo 16:13-20)
- Antes de que Dios lo transfigurara ante testigos tanto muertos como vivos (Lucas 9:28-36)
- Al comienzo de Su amargo sufrimiento (Lucas 22:41-46)
- Y antes de morir en la cruz. *«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»* fue una oración (Lucas 23:46)

Los Evangelios dan fe de la rica vida de oración de Jesús: a menudo se retiraba al aislamiento para entablar un diálogo con Su Padre (por ejemplo, Mateo 14:23; Marcos 1:35). Lo alabó (Mateo 11: 25-27) y le dio las gracias, incluso antes de que se concediera Su oración (Juan 11: 41-42).

Juan 17 registra la oración intercesora del Señor. Su intercesión por los apóstoles y la iglesia – *«Mas no ruego solamente por éstos [los apóstoles], sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno»* (Juan 17:20-21) – demuestra cómo Jesucristo se acercó a Su Padre celestial como un Defensor a favor de ellos (1 Juan 2:1).

Jesús oró antes de Su sufrimiento. Se arrodilló y se rindió humildemente ante la voluntad de Su Padre: *«Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya»*. Esta oración fue una lucha del alma. Dios no permitió que esta súplica quedara sin respuesta: un ángel apareció y fortaleció a Jesús (Lucas 22:41-44). Incluso mientras Jesús colgaba de la cruz, oró por sus verdugos (Lucas 23:34). Sus últimas palabras antes de la muerte fueron también una oración: *«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»* (Lucas 23:46).

Según Lucas, Jesús siempre oró antes y durante los eventos importantes. Esto enfatiza la concentración total de Jesús en lo más importante.

«En aquellos días Él fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios. Y cuando era de día, llamó a Sus discípulos, y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles» (Lucas 6:12-13).

¿Cómo oró Jesús?

En lo que se refiere a la oración, uno puede asumir que, con alguna salvedad, Jesús fue producto de Su niñez y de lo que era tradicional entre los judíos, incluso si mostró desdén por las exageraciones de los fariseos y sus espectáculos públicos, así como también por el balbuceo sin sentido de los hipócritas. Lo que distingue decididamente Sus oraciones de todos los ejemplos conocidos en el Antiguo Testamento es la intimidad evidente en Sus oraciones revelada por Su uso del apelativo «*Abba*» cuando se dirige a Su Padre en el cielo (Marcos 14:36).

El Señor a menudo se aislaba en un monte, en el desierto o en cualquier otro lugar privado, para tener comunión con Su Padre (Mateo 14:23; Marcos 1:35).

De su oración en Getsemaní, sabemos que estaba de rodillas, diciendo: «*Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya*». Esta oración fue un grito del alma: «*Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era Su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra*» (Lucas 22:41–44). Estos son ejemplos claros de la devoción e intensidad de la oración del Señor.

Cuando, al final de su vida en la tierra, el Hijo de Dios fue clavado en la cruz, oró con compasión por Sus verdugos: «*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*» (Lucas 23:34). Pero el grado de Su inmensa desesperación y el dolor indescriptible que sufrió encuentra alguna expresión en Su clamor a Su Padre: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*» (Marcos 15:34).

¿Cuál fue el contenido de las oraciones de Jesús?

Otras dos oraciones conmovedoras de Jesús las encontramos registradas en Mateo 11:25-26 y en Juan 11:42; el Señor Jesús comienza tanto con alabanza como con agradecimiento. En la primera, alaba al Padre porque ha ocultado los misterios del reino de los cielos a los eruditos y sabios y los ha revelado a los pobres de espíritu, a los simples (Mateo 5:3). Continúa: «*Sí, Padre, porque así te agradó*». Jesús mostró que estaba en absoluto acuerdo con lo que Su Padre hizo y dijo, y que tenía total confianza en Él. Esto lo demostró más tarde cuando dijo: «*... pero no se haga mi voluntad, sino la tuya*» (Lucas 22:42).

La oración registrada en Juan está inmediatamente relacionada con la resurrección de Lázaro de entre los muertos. La piedra ha sido quitada del sepulcro, el Señor Jesús mira hacia el cielo y ora: «*Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que Tú me has enviado*» (Juan 11:40-42).

Hay otra oración de Jesús de la que se puede deducir que intercedió por una sola persona: Simón Pedro, que, a pesar de los embates del príncipe de las tinieblas, su fe no fallaría. El Señor le aseguró al apóstol Pedro: «*Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte*» (Lucas 22:31–32).

Otra oración importante se registra en Juan 11:41 (extracto). Este fue el tiempo en el que Lázaro estuvo muerto durante 4 días antes de que Cristo viniera a visitarlo. Podemos aprender de esta oración que Jesús estaba preparado para agradecer a Su Padre antes de que ocurriera el milagro. «*Padre, gracias te doy por haberme oído*». ¡Agradecimiento por adelantado de lo que será!

Ejercicio

Preguntas sobre Jesús y la oración

1. ¿Verdadero o falso? En el relato del Sermón de la Monte, Cristo da una clara indicación de que condena la oración comunitaria y desprecia la hipocresía.
2. ¿Cuáles de las siguientes tres parábolas usa Cristo para enseñar sobre la oración?
 - a. Parábola de los talentos
 - b. Parábola de la viuda que se niega a ser denegada por el juez
 - c. La parábola del amigo necesitado
 - d. Parábola del joven rico
 - e. Parábola del fariseo y el publicano
3. ¿Verdadero o falso? Por lo que está registrado en el evangelio de Lucas, es evidente que el Señor Jesús oró en todos los momentos decisivos de Su vida.
4. En tus propias palabras, escribe a continuación por qué crees que el Señor solía aislarse para tener comunión con Su Padre.
5. El Señor Jesús a menudo comenzaba Sus oraciones con:
 - a. Amor por Su padre
 - b. Alabanza y agradecimiento
 - c. Súplica para el pueblo
 - d. Intercesión por los apóstoles

Capítulo 3: Oración de los primeros cristianos y en la actualidad

Oraciones en las congregaciones apostólicas

Hechos 4:23-31 da una idea de las oraciones sinceras de las primeras congregaciones. Desde el principio, los primeros cristianos practicaron la oración comunitaria (Hechos 1:14). También se registran relatos de oración intensa en asociación con eventos importantes, por ejemplo, la

elección de Matías como apóstol o la institución de los primeros siete diáconos. Los apóstoles también fueron acompañados por oraciones sinceras en situaciones de peligro (Hechos 1: 24-25; 6: 6; 12:12).

Las cartas de los apóstoles enfatizan el significado de la oración (Santiago 5: 15-16). Los apóstoles también relataron que oraron por la iglesia (Efesios 1: 16-23) y alentaron la firmeza en la oración (1 Tesalonicenses 5: 17).

De 1 Timoteo 2: 1 queda claro que las oraciones de los creyentes deben incluir a todas las personas: «*Exhorto, ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres ...*».

La oración de los cristianos nuevoapostólicos

Se asigna una función significativa a la oración colectiva en el servicio divino: la invocación trinitaria de Dios es seguida por la oración de apertura, en la que se llevan a Dios la adoración, la alabanza y el agradecimiento por la protección y el acompañamiento divinos, así como peticiones e intercesiones. En el Padre Nuestro, la congregación se une a la oración del Hijo de Dios. Antes de la consagración de la Santa Cena, el oficiante ofrece la oración del sacrificio, que expresa agradecimiento a Dios por el sacrificio de Cristo, el perdón de los pecados, el envío de los apóstoles y la promesa del retorno de Cristo.

Al cierre del Servicio Divino, hay otra oración que expresa agradecimiento por lo recibido, así como la súplica por la protección y acompañamiento de los ángeles, y el anhelo por el día del Señor. Las necesidades de los miembros, así como las de todas las personas, encuentran su lugar en estas intercesiones. Más allá de eso, se le pide al Señor que acepte las ofrendas que se han traído y que bendiga a los que las ofrendan. Se publicará en el próximo capítulo «Orando como ministro» una enseñanza adicional sobre el tema anterior.

Además de las oraciones colectivas en los Servicios Divinos, los cristianos nuevoapostólicos también tienen una vida de oración individual. Comienzan y terminan el día en oración. También oran antes de las comidas y se dirigen a Dios una y otra vez a lo largo del día para sentir Su cercanía y buscar Su ayuda. En la oración familiar, los padres oran junto con sus hijos y así les enseñan a desarrollar su propia vida de oración.

La oración no está ligada a ninguna forma externa. Sin embargo, la intensidad de una oración se puede promover al cerrar los ojos, cruzar las manos o arrodillarse, por ejemplo. El suplicante se retira así de la actividad ajetreada de la vida diaria para hacer una pausa e inclinarse ante Dios con humildad.

En términos de contenido, la oración generalmente se define por adoración, agradecimiento, peticiones e intercesiones. El conocimiento de la majestad de Dios y la gracia que nos permite dirigirnos a Él como Padre (Romanos 8:15) nos impulsa a adorar a Dios. La acción de gracias se aplica a todas las cosas buenas que han resultado de la bondad de Dios. Sobre todo, esto incluye las grandes hazañas que Dios ha realizado y todavía realiza sobre la humanidad a través de la palabra, la gracia y los sacramentos.

Más allá de eso, se expresa gratitud por las dádivas terrenales, tales como el sustento, la ropa, el alojamiento y el servicio y protección de los ángeles. En nuestras peticiones, le llevamos a Dios nuestras preocupaciones en lo que respecta, por ejemplo, a la preservación de nuestra fe, la protección angelical y la ayuda divina en la vida cotidiana. La petición más importante se refiere al inminente retorno de Cristo y a alcanzar la dignidad para ello. Nuestras intercesiones no se limitan a nuestras propias familias o la congregación. Más bien, incluyen a todos los que necesitan la ayuda de Dios, tanto aquí como en el más allá.

No toda oración debe contener los cuatro componentes; Dios también escucha nuestras oraciones rápidas en situaciones especiales de la vida. La depresión, las condiciones de ansiedad, el dolor físico o el sufrimiento profundo pueden hacer imposible que una persona encuentre los pensamientos para formular una oración. Incluso entonces, el suplicante no queda separado de la ayuda o la cercanía de Dios. En esos momentos puede ser útil orar el Padre Nuestro o uno de los Salmos, por ejemplo, el Salmo 23.

Las oraciones concluyen con la palabra hebrea «Amén», que significa: «¡Así sea!». Aquí es irrelevante si uno ha sido realmente el que ha pronunciado la oración o simplemente ha orado en espíritu.

Efectos de la oración

La oración consciente abre el corazón de una persona al reconocimiento: «¡Dependo de Dios en todo mi ser!». La actitud del suplicante se caracteriza por la confianza infantil, la humildad y el temor del Señor. También se expresa en la formulación: «... en el nombre de Jesús».

En el nombre de Jesús vs. por causa de Jesús

Todas las oraciones normalmente concluyen con la frase «... en el nombre de Jesús» o «... por causa de Jesús». Al considerar estas declaraciones desde una perspectiva teológica, estilística o gramatical, pueden surgir varios argumentos. Con el paso del tiempo, esta redacción se ha aceptado como una forma estándar o tradicional de concluir las oraciones.

Sin embargo, pueden surgir preguntas:

- ¿Está mal decir «...por causa de Jesús?»?
- ¿Es preferible decir «...en el nombre de Jesús?»?
- ¿Existe una manera correcta o incorrecta?

Al sugerir una conclusión concisa sobre este asunto, el tema de la oración, es necesario aplicar lo que la Biblia dice y su metodología lingüística.

En el nombre de Jesús

La terminología: «...en el nombre de Jesús», es una referencia directa a Juan 16:23 «*De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará*». Es claro en este texto que lo que le pedimos al Padre, debemos hacerlo en el nombre de Cristo. Pedir en Su nombre incluye un reconocimiento de nuestra propia indignidad de recibir cualquier favor de Dios y una completa dependencia de Cristo como el Señor.

Nota: Consulta el final de este documento para encontrar unos Pensamientos Guías sobre «La fuerza que proviene del nombre de Cristo».

Por causa de Jesús

La validez de la declaración «...*por causa de Jesús*» en las oraciones parece ser inconsistente con su uso contextual en la versión RV1960 de la Biblia: Juan 12:9 «*Gran multitud de los judíos supieron entonces que él estaba allí, y vinieron, no solamente por causa de Jesús, sino también para ver a Lázaro, a quien había resucitado de los muertos*». 2 Corintios 4:5 «*Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús*» (en otras traducciones de este versículo podemos leer «*por causa*» en vez de «*por amor*»). Y 2 Corintios 4:11 «*Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal*».

Usar la terminología: «...*por causa de Jesús*» significa literalmente: Por consideración a Jesús. A veces podemos anteponer esto diciendo: «No porque lo merezcamos (lo que le pedimos a Dios), sino «*por causa de Jesús*» o «*por amor de Jesús*». Por lo tanto, Jesús está siendo el Mediador con Dios en nuestro nombre.

El uso de «*por causa de Jesús*» o «*por amor de Jesús*» podría argumentarse como otra forma de decir «*en el nombre de Jesús*». Por lo tanto, orar «...*por causa de Jesús*» o «...*por amor de Jesús*» no es incorrecto. Sin embargo, tiene un aspecto negativo en el contexto de la expresión del lenguaje general porque a menudo se usa como blasfemia o fuente de irritación: «¡Por amor de Dios (Jesús), para ya!» o «Por el amor de Dios, no hagas eso».

En el nombre de Jesús vs. por causa de Jesús: Conclusión

Las declaraciones «...*por causa de Jesús*», «...*por amor de Jesús*», «*por amor a Dios (Jesús)*» y «... *en el nombre de Jesús*» parecen ser diferentes en el sentido de su formulación ... sin embargo, orar «...*en el nombre de Jesús*» parece ser lo más correcto bíblicamente.

Para asegurar la uniformidad con respecto a esto, nuestros ministros deben recibir la pauta para orar «*en el nombre de Jesús*» según Juan 16:23, evitando así cualquier discusión o confusión.

Ejercicio

Oración de los primeros cristianos y en la actualidad

1. ¿Verdadero o falso? Aquellos en la iglesia primitiva oraron tanto en privado como en comunidad
2. Selecciona a continuación los eventos importantes en la iglesia primitiva que fueron acompañados por una oración sincera:
 - a. Elección de Matías como apóstol
 - b. Los primeros 7 diáconos
 - c. Peligro para los apóstoles
 - d. Bendición de la comida

3. ¿Verdadero o falso? Es preferible concluir una oración con «*por causa de Jesús*» en vez de «*en el nombre de Jesús*».

Conclusión PR-01 «Orar más eficazmente: Historia de la oración»

Gracias por completar este curso. Esperamos que hayas adquirido una nueva conciencia sobre los siguientes aspectos de la oración:

Oración, al principio

El origen de la oración y cómo se define desde la perspectiva del Antiguo Testamento. Se enseña un nuevo concepto de oración y una relación con Dios a través de Cristo.

Jesús y la oración

Una mejor comprensión de lo que el Señor Jesús dijo directamente sobre la oración, cómo enseñó sobre la oración en parábolas, cuándo oró y cuál fue el contenido de Sus oraciones.

Oración de los primeros cristianos y en la actualidad

Una idea de las oraciones sinceras de las primeras congregaciones y de la actualidad.

Hechos 2:42: «*Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones*».

Día Nacional de Oración

Santificado sea tu nombre - Mateo 6:9 (extracto)

Mensaje

Preservar la santidad y la santificación del nombre de Dios dentro de nuestra vida de oración.

Explicaciones

En el Padre Nuestro decimos: «Santificado sea tu nombre». Este es un elemento de adoración del Padre Nuestro. Es la primera expresión que Cristo usó para explicar lo que sentía por Su Padre y nos dice: «Vosotros, pues, oraréis así [...]» (versículo 9). Para comprender mejor cómo se sintió Cristo, consideremos lo siguiente:

Santificado también significa apartado como sagrado. ¿Hacemos esto? ¿Realmente «santificamos el nombre de Dios» o «apartamos como sagrado el nombre de Dios»? Esto no solo significa que Dios es santo; significa mucho, mucho más.

A continuación, se muestran 4 formas en que podemos integrar este elemento de adoración y apartar como sagrado el nombre de Dios en nuestras oraciones y en nuestra vida.

▪ **Glorificarlo**

«Todos los llamados de mi nombre; para gloria mía los he creado, los formé y los hice» (Isaías 43:7).

Glorificamos a Dios cuando reconocemos y afirmamos que todo proviene de Él y llegamos a la conclusión de que hemos sido creados por Dios para Dios. También glorificamos a Dios cuando podemos decir: «Mi ser, mi obra y toda mi vida solo reflejen que vives Tú en mí» (himno # 228, estrofa 4).

▪ **Alabarlo**

«Te alabaré, oh Jehová, con todo mi corazón; contaré todas tus maravillas» (Salmos 9:1).

La alabanza es el reconocimiento de las maravillosas obras que hemos experimentado en nuestra vida. A medida que volvemos nuestra atención hacia Dios, comenzamos a reconocerlo por quién es Él y lo que ha hecho por nosotros. Entonces expresamos ese reconocimiento con las palabras de nuestra boca, con nuestra actitud de acción de gracias y nuestro deseo de vivir por el Evangelio de Cristo.

Luego expresamos ese reconocimiento con las palabras de nuestra boca, con nuestra actitud de acción de gracias y nuestro deseo de vivir según el Evangelio de Cristo.

▪ **Mantener santo lo que es santo**

- Santa es la palabra de Dios
- Santa es la paz de Dios
- Santos son todos los dones que provienen de Dios y Sus sacramentos

▪ **Respetar los principios y valores divinos**

Cuando nos encontramos respetando los principios y valores de Dios, rápidamente nos damos cuenta de que nuestra vida está centrada en Su Hijo. Cristo nos enseña a vivir para que nuestra vida se transforme en una nueva criatura.

Como sucedió con el apóstol Pablo: «No me avergüenzo del Evangelio»: (Romanos 1:16), por lo que nuestra convicción puede ser: «¡no me avergüenzo de defender y respetar los principios y valores divinos del Evangelio!».

Queremos preservar esto, no solo en el momento en que oramos el Padre Nuestro, sino durante toda nuestra vida. Eso es lo que significa «Santificado sea tu nombre».

Preparación para la Santa Cena

Seamos conscientes de lo que oramos al comenzar el Padre Nuestro y las palabras «Santificado sea tu nombre». Esta fue la primera expresión que usó Cristo para explicar lo que sentía por Su Padre y ¡debería ser nuestra ahora también!

Nuestro Padre Celestial puede bendecirnos con la fuerza y el poder del cielo. Que sea un momento maravilloso para todos nosotros cuando recibamos el cuerpo y la sangre de Jesucristo. «Si, pues, coméis o bebéis [...] hacedlo todo para la gloria de Dios.» (1 Corintios 10:31). Esto nos lleva a una comunión cercana e imperturbable con Él.

Contexto

El año pasado se utilizó un extracto del Padre Nuestro para el Día Nacional de Oración y se seguirán utilizando extractos hoy y en el futuro.

Esta parte en particular, «Santificado sea tu nombre», fue explicada por el Apóstol Mayor Leber. Incluye sus pensamientos sobre el significado más profundo de la santificación y las 4 formas de integrar y reforzar nuestra comprensión del comienzo del Padre Nuestro.

Resumen

Apartar como sagrado el nombre de Dios al:

- **Glorificarlo**
- **Alabarlo**
- **Mantener santo lo que es santo**
- **Respetar los principios y valores divinos**

¡Venga tu reino!

Venga tu reino... Mateo 6:10

Mensaje

¡El «reino» es la autoridad o gobierno de Cristo dentro de nosotros hoy!

Explicaciones

En una ocasión, los fariseos sintieron curiosidad por saber «cuándo» vendría el reino de Dios. Jesús sacó de la ecuación el elemento del tiempo y le dio una posición al reino de Dios; «porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros» (Lucas 17:21).

El gobierno y la autoridad de Cristo deben estar dentro de nosotros. Cuando el reino de Dios (representado por los atributos de Cristo) habita dentro de nosotros, esto tiene un impacto en lo siguiente:

- Nuestro estilo de vida
- Nuestra motivación
- Nuestro servir
- Nuestra orientación

Cuando nuestro esfuerzo por ser uno con Cristo tiene un impacto en lo anterior, la «vida dual» que estamos tentados a vivir es desafiada. Crear dos vidas puede ser una manera más fácil de enfrentar este desafío, ¡pero tener una vida «en la iglesia» y otra que se ajuste a las «tendencias sociales» de nuestro tiempo no es correcto!

Mientras Satanás tenga dominio sobre esta tierra, debemos esforzarnos por tener «una vida» con Cristo que cree unidad entre nosotros. Para avanzar en esta dirección, considera las tres acciones siguientes:

- Amor a Cristo y alineación con Su voluntad (Colosenses 4:17)

Cuando hacemos todo en el nombre del Señor Jesús, nuestro amor por Él es el generador de nuestro servir, no la piedad por los pobres, los esfuerzos humanitarios, las relaciones públicas, hacer felices a los demás, etc. Nuestra intención se basa en la intención de Cristo, amar a todos. Sabemos que lo que le hacemos al más pequeño Suyo, lo hacemos a Él (Mateo 25:40).

- Renunciamiento y autosacrificio (Lucas 22:42)

Esto es contrario a nuestra constitución humana. La lucha por renunciar a la voluntad propia tiene una satisfacción y una fuerza únicas asociadas, aunque solo después de una lucha. Cristo mostró esto en el huerto y luchó por llegar al autosacrificio: «Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa». Cuando finalmente aceptó la voluntad de Su Padre, apareció un ángel del cielo para fortalecerlo. Aceptar la voluntad de Dios y renunciar a la voluntad propia demuestra que reconocemos el mayor propósito de Dios.

- Aceptación y amor por los demás (Mateo 25:31-44)

La parábola de Mateo indica que aquellos que entraron en la gloria de Cristo encontraron natural vestir al desnudo, alimentar al hambriento y acoger a los forasteros.

Para que podamos llegar a un entendimiento similar, debemos esforzarnos por evitar:

- Comparar nuestra vida con la de otra persona
- Vivir según una lista de verificación de lo que hacemos por los demás

Más bien, queremos aceptar a cada uno como un individuo con su propio conjunto de necesidades, dones y experiencias y reaccionar cuando se nos solicite.

Estas tres acciones pueden definir el «reino» en nuestras vidas y, por lo tanto, los atributos de Cristo serán cada vez más perceptibles en nosotros como individuos y, así, en nuestra congregación y comunidad.

Contexto

Los últimos 2 años, el Padre Nuestro ha sido el foco de Día Nacional de Oración.

- 2010 – El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy
- 2011 – Santificado sea tu nombre

«Venga tu reino» ha sido elegido para enfatizar que el reino de Dios ya ha amanecido en Cristo y está presente en Su Iglesia. El enfoque de la prédica de Jesús fue sobre el reino de Dios —el gobierno de Dios que iba a manifestarse en la historia— tanto en su presente como en su futuro forma: «El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el Evangelio» (Marcos 1:15).

Manual de maestros de confirmación (página 50)

«Venga tu reino». ¿A qué reino se refiere? Por un lado, el reino de Dios es un reino existente; por otro lado, es un reino que está por venir. El reino actual de Dios es la obra de salvación en la que Dios está activo entre Sus hijos. El reino futuro de Dios comienza con el retorno del Señor Jesús. Comprende las bodas del Cordero, el milenario reino de paz y la nueva creación. Cuando hacemos referencia a «venga tu reino», le estamos pidiendo a Dios Su ayuda para que podamos llegar a ser como Jesucristo. También le pedimos que envíe pronto a Su Hijo y que establezca Su reino eterno.

Resumen

El enfoque de la prédica de Jesús fue el reino de Dios tanto en su forma presente como futura. El «reino» se revela en nosotros hoy por nuestro:

- Amor a Cristo y alineación con Su voluntad
- Renunciamiento y autosacrificio
- Aceptación y amor por los demás

Día Nacional de Oración

El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy... Mateo 6:11

Mensaje

Cuando Cristo usó la palabra «pan», se refería a todo lo que necesitamos para nuestra existencia; necesidades naturales y espirituales.

Explicaciones

Pan natural

Cuando se llevó a cabo la liberación de los israelitas de Egipto, se enfrentaron a una situación como nunca antes. ¿Cómo sería posible viajar por un desierto y conservar la vida? Parecía imposible y muchos estaban llenos de un sentimiento de desesperanza. «Pues nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta multitud» (Extracto de Éxodo 16:3).

Dios compartió Su plan con Moisés cuando dijo: «Yo os haré llover pan del cielo» (Extracto de Éxodo 16:4). Él continuó proveyendo para Su pueblo durante cuarenta años mientras se trasladaban por el desierto a diario (excepto el día de reposo). Esto creó una dependencia «natural» de Dios para su sustento.

También estamos atravesando un «desierto» económico en nuestro tiempo actual. Nuestro país está experimentando un desempleo significativo y este grave asunto está afectando a muchas personas cercanas a nosotros y en nuestras comunidades. También puede haber sentimientos similares... «parece imposible», y podemos estar llenos de un sentimiento de desesperanza.

Bien podemos imaginar que este fue el sentimiento del apóstol Pedro después de ser arrestado por tercera vez, encarcelado por el rey Herodes y esperando ser ejecutado. Entonces, de repente, lo imposible se hizo posible (Lucas 18:27) porque «la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él» (Hechos 12:5).

Como «la iglesia» de hoy, «oremos sin cesar a Dios» por aquellos que buscan empleo, para que Él pueda crear oportunidades para que lo imposible sea posible y pueda avivar la esperanza donde hay una sensación de desesperanza. «Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien (oraciones) a todos (la comunidad), y mayormente a los de la familia de la fe» (Gálatas 6:10).

En este momento, pide a la congregación que se ponga de pie para una oración especial dedicada a quienes buscan empleo tanto en nuestra iglesia como en nuestra comunidad.

Pan espiritual

El maná satisfizo las necesidades físicas de los israelitas por un tiempo. ¡Cristo satisface nuestras necesidades espirituales para siempre! (Juan 4:13-14)

El Señor Jesús expresó audazmente esto a Satanás: «No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mateo 4:4).

El Verbo de Dios fue hecho carne a través de Cristo. Por eso pudo decir: «Yo soy el pan de vida; el que a Mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en Mí cree, no tendrá sed jamás» (Juan 6:35). Estas palabras abrieron un nuevo entendimiento para los discípulos... un entendimiento espiritual.

Cuando nos santificamos para la Santa Cena y decimos las palabras profundas: «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy», llegamos a comprender que estamos diciendo:

¡Danos hoy... a Cristo! Danos hoy Su:

- poder de resurrección
- amor entregado
- paz incondicional
- paciencia eterna
- seguridad de la esperanza

Cuando recibimos a Cristo de esta manera, podemos estar seguros de que recibiremos todo lo que necesitamos.

Contexto

Mirando hacia atrás al Servicio Divino del Día Nacional de Oración del año pasado, fue traído a nuestra atención que hemos de comenzar nuestras oraciones con adoración y alabanza a medida que nos humillamos ante los ojos de Dios. Esto nos lleva a la petición: «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy». Seamos impulsados a adorar antes de presentar nuestras peticiones, como se nos ha enseñado en el Padre Nuestro.

Resumen

- Ora para que Dios cree oportunidades para que lo imposible sea posible y elimine el sentimiento de desesperanza.
- Ora sinceramente, ¡danos hoy... a Cristo!

La Iglesia de Cristo – La fuerza que proviene del nombre de Cristo

La fuerza que proviene del nombre de Cristo

Y por la fe en su nombre, a éste, que vosotros veis y conocéis, le ha confirmado su nombre; y la fe que es por él ha dado a éste esta completa sanidad en presencia de todos vosotros.
Hechos 3: 16

Mensaje

Digamos el nombre del Señor de la manera correcta.

Explicaciones

En nuestra palabra bíblica se habla del “nombre” de Jesucristo. A este nombre hay asociado un poder especial. Quien invoque este nombre será escuchado. Por esta razón también pronunciamos nuestras oraciones en el nombre de Jesucristo. El suceso en el cual se encuadra nuestra palabra bíblica da testimonio del poder asociado con este nombre.

Los Apóstoles Pedro y Juan fueron al templo y hallaron allí a un hombre cojo de nacimiento que pedía limosna. Como los Apóstoles no tenían dinero, en cambio le ofrecieron otro tipo de ayuda: el Apóstol Pedro exhortó a aquel hombre a levantarse “en el nombre de Jesucristo de Nazaret” (*versículo 6*). El hombre fue sanado y siguió a los Apóstoles al templo.

Allí, los “varones israelitas”, es decir los judíos devotos, esperaban una explicación acerca de cómo había sido sanada aquella persona. El Apóstol Pedro reconoció que la curación había sido obra del poder del Señor, específicamente en el nombre de Jesucristo (*comparar con el versículo 12 y siguientes*).

Pronunciar el nombre del Señor

El nombre de Cristo no es cualquier nombre, sino que entraña el poder de Dios. Por esta razón, nombrémoslo siempre de la manera correcta, es decir, confesemos el poder que tiene detrás y anunciemos la salvación que nos es dada por medio de él.

- Cada Servicio Divino comienza en el nombre del Señor. “Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (*Mt. 18: 20*). En los Servicios Divinos nos confesamos a la comunión con el trino Dios y vemos en ello la instancia de la salvación dada por Dios.
- En el nombre de Jesucristo nos son perdonados los pecados. Confesamos la muerte y la resurrección de Jesús y nos agrada anunciar la gracia que nos es dispensada a partir del mérito de Cristo.

- “Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré” (*Jn. 14: 14*). Nuestras súplicas en la oración no deben restringirse únicamente a lo terrenal, sino, ante todo, deben nacer del sentir de Cristo: la comunión perfecta con nuestro Señor en su retorno debe ser el núcleo de nuestros ruegos.
- “El que reciba en mi nombre a un niño como este, me recibe a mí” (*Mc. 9: 37*). Quien pronuncia el nombre del Señor, también sabe reconocer el obrar de Dios en criaturas pequeñas y desvalidas, y aceptar al Señor en ellas .
- “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (*Jn. 14: 26*). Confesémonos al obrar del Espíritu Santo en nosotros y en la Iglesia de Cristo.
- “Yo conozco tus obras, y dónde moras, donde está el trono de Satanás; pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás” (*Ap. 2: 13*). Que la misiva dirigida a la comunidad de Pérgamo también determine nuestras palabras y nuestro paso por

la vida: incluso en tiempos de exámenes perseveremos en el nombre de Cristo, hasta su retorno.

Resumen

El nombre de Cristo entraña el poder divino. Por esta razón, nombrémoslo siempre de manera correcta, confesando que en el nombre de Cristo:

- experimentamos la comunión en los Servicios Divinos;
- aceptamos el perdón de los pecados;
- orientamos nuestro ruego al retorno de Cristo;
- reconocemos el obrar de Dios incluso en las criaturas pequeñas y desvalidas;
- reconocemos el obrar del Espíritu Santo;
- perseveramos en el nombre de Cristo a pesar de las tentaciones.

Contexto

El “nombre” es objeto de la fe. Recordemos en este sentido los títulos de nobleza “Jesús es el Señor” y “Jesús es el Mesías”.

Notas